

## **No solo la salud ha muerto...!**

La sombra de lo trágico envuelve a nuestro mundo. Es el mundo de una civilización que ha muerto, de una Argentina que muere, de una salud que se derrumba.

Este apocalipsis que lleva más de un siglo, después del grito desgarrador de Federico Nietzsche; Dios ha muerto, no ha hecho más que recorrer ese siglo XX para significar que en este caso un orden establecido ha llegado a su último instante. En ese tránsito se derrumbó el mundo del modernismo; se hizo añicos la Argentina agroexplotadora/sustituta de importaciones, de la ética y la esperanza, ahogada en el efecto moderno de la Deuda Externa, se destruyó la Salud Pública del modelo keynesiano, en las llamas incontenibles del postfordismo impuesto por el Imperio.

El Dios nietzscheano que impulsa tantas muertes, desde la suya, ha resultado incapaz de operar más sostener su modernidad; ya no decide mas, porque lo hace el Imperio; ya no puede garantizar el orden de las cosas y como presagiaba el grito del loco que anunciaba tal muerte de Dios, tanto para la paz del mundo, como para la decadencia política social de Argentina, o la desesperación e ineficacia de un sistema sanitario nacional destruido, la impotencia de Dios, del mundo, de Argentina, de nuestro sistema sanitario se revela en la inmutabilidad del orden capitalista creado. Este orden es el que es irrenovable, no puede anunciar milagros, es la causa estructural de la muerte anunciada de una vida concluida.

El Dios que muere y arrastra sumida, Argentina, Salud Pública, es el que ha creado este mundo, esta Argentina, esta salud, mostrando así la dimensión infinita de su incapacidad decadente. No sirvió un orden de despojo y explotación en que el sistema ofrecido subsumió toda capacidad de los hombres de crear su propia riqueza generada por el trabajo.

El capitalismo, como Dios cosmogónico se derrumba, muere por extenuación, porque sus construcciones, ficticiamente dialécticas, no superaron la diabólica situación antagónica que iluminaron sus maniobras de despojo y explotación real.

Argentina se ahoga en su impotencia capitalista burguesa, padeciendo el estrangulamiento de la infernal Deuda Externa, contraída como expresión real de una condición sinécdoal del poder Imperial, que así lo dispuso, en otra metonimia que ocultaba su propia extenuación.

Y nuestra salud pública, envuelta en la muerte de tal Dios nietzscheano, no puede disfrazar sus estertores, con simples fuegos de artificio, que se llamen medicamentos genéricos, fertilidad asistida y responsable. La muerte del sistema se patentiza en la mortalidad de nuestros niños por desnutrición, es decir por

hambre histórica e irremediable, mientras sigamos ofreciendo esos artificios o los otros de los Pactos Sanitarios Federales.

Es bueno saber para siempre que la Salud Pública es un sistema heterónomo, depende de lo demás y lo demás ha sido arrastrado por la muerte del Dios del sistema capitalista.

Pero algo se mueve ante tal apocalipsis. Hay una multitud que esa muerte impulsa, renueva para edificar su propia voluntad de decidir. La multitud de los explotados construye otra historia, con la decisión que involucra escribir su propia autonomía. Por eso es tan diabólica, intransferible y constructora para otro mundo, mas allá de lo Absoluto que creó el Dios que ha muerto.

Tal como soñaba Nietzsche y otros de los nuestros, aún encarnados en la multitud, una mañana de un mundo distinto existe como voluntad de poder de la multitud; se trata de la potencia para decidir y decidirse. La vida recomienza en nuestras calles y allí se construye el otro mundo, la otra Argentina, la otra Salud del pueblo convertido en multitud irrefrenable. Ese Dios ha resucitado; aunque tal vez ya sea otro Dios, el de la multitud autónoma, dueña de lo común; la salud entre ellos.

Floreal A. Ferrara

27.3.03